

de vez en cuando, elaborar proyectos revolucionarios. Es lo que ha ocurrido en Francia y, en otro contexto, también en Checoslovaquia. Pero ya se ve lo que ocurre entonces. O bien los proyectos no salen del dominio de los informes y los libros (como ha pasado siempre en Francia), o bien los «managers» sienten cómo se hunde el suelo bajo sus pasos y entonces se vuelven bruscamente hacia la clase obrera, a la que habían ignorado hasta entonces (de ahí las promesas de «autogestión» lanzadas a las pocas semanas de la intervención soviética en Checoslovaquia).

Pero, ¿puede la clase obrera convertirse realmente en una nueva «clase dirigente»?

Es aquí donde Jean-Jacques Servan-Schreiber piensa poner en un apuro no sólo a los tecnócratas progresistas, sino también, claro está, a los marxistas. Las respuestas categóricas que éstos habrían dado unánimemente hace veinte años no pueden dárlos hoy más que quienes ignoran o quieren ignorar la realidad del mundo comunista. Donde quiera que se ha pretendido establecer el «poder de la clase obrera», se ha terminado, de hecho, asegurando el de una nueva capa social estrechamente ligada a la propiedad de Estado y a la gestión administrativa de la economía. Relativamente eficaz cuando se trata de resolver las tareas primarias de la industrialización, la dictadura de esta casta burocrática se revela casi impotente para resolver los problemas de una sociedad económicamente desarrollada. Lo que no la impide —observémoslo de paso— conseguir una tasa de crecimiento comparable a la de los países capitalistas. Los progresos de la ciencia y de la técnica aseguran al conjunto de países industriales, sea cual fuere su régimen político, una expansión media del 5 por 100 anual. La paradoja consiste en que la clase obrera se aprovecha menos de este crecimiento en los países en los que se supone que está en el poder, por la sencilla razón de que no tiene la posibilidad de luchar por sus reivindicaciones.

LOS HOMBRES DE LO POSIBLE.—Cometeríamos, sin embargo, un grave error si sólo considerásemos lo que existe hoy por hoy. El capitalismo tradicional atraviesa una crisis, y lo mismo ocurre con el socialismo de Estado. Ello explica la importancia que han cobrado últimamente los «managers». Su poder tiene, no obstante, sus límites. Pueden influir sobre una clase, pero no podrían sustituirla. Su situación los convierte en los hombres de lo posible y de lo inmediatamente posible frente a los hombres de la ideología y los grandes proyectos. Ahora bien, este posible se inscribe en el marco de la predominancia de cierta fuerza social (que no puede vivir y desarrollarse sin ideología): aquí, la burguesía; allá, la burocracia. Los «managers» tienen esto en cuenta. Fuera de las excepciones de que ya he hablado, las reformas

que proponen se sitúan en el interior de los sistemas existentes.

Siempre me ha sorprendido, en los coloquios y encuentros de la izquierda «modernista», la diferencia que separaba a los funcionarios de los servicios de estudios o de inspección —que tan bien representa Michel Rocard— de los funcionarios de gestión (industrial o financiera), a los que también podemos llamar «auténticos «managers»» del servicio público —cuyo prototipo en François Bloch-Laimé—. Los primeros aceptaban fácilmente las soluciones socialistas, los segundos no estaban visiblemente dispuestos a hacerlo más que el día en que el socialismo se convirtiese en una realidad. Por ahora juzgaban más sensato proponer una serie de respuestas precisas a una serie de preguntas concretas.

UNA IZQUIERDA MIOPE.—No es que ignorasen la importancia de los grandes problemas que dominan nuestra historia, y especialmente el mayor de estos problemas, el que Jean-Jacques Servan-Schreiber acaba de descubrir por más que Marx lo haya esclarecido hace ya un siglo, y que es el de la alienación del hombre por su propia creación: la industria. Pero no se sentían capacitados para dar una respuesta satisfactoria. Jean-Jacques Servan-Schreiber es el más audaz. Pero la solución que propone, es decir, la renovación y la ampliación de la «clase dirigente» burguesa me parece ridícula: asegura por medio de los «managers», el mantenimiento de la predominancia de una minoría capitalista sobre una mayoría de asalariados autorizados para contestar e incluso «participar», pero siempre desde la posición de subalternos.

No existe, sin duda, una respuesta global a corto plazo. Todos los atajos con los que sueña el ala religiosa —quiero decir el ala «maoísta» y espontaneísta— del movimiento revolucionario no son más que callejones sin salida. Pero desde hace unos cuantos años empezamos a darnos cuenta de las transiciones posibles y —lo que no es menos importante— a conocer las fuerzas sociales susceptibles de imponerlos. Jean-Jacques Servan-Schreiber, desde este punto de vista, ha subestimado la importancia de la «primavera» de Praga y la de la experiencia yugoslava (decepcionante en ciertos aspectos, pero apasionante en otros), del mismo modo que ha desestimado el papel de la nueva clase obrera y de la nueva intelligentsia por más que éstas son cada vez más influyentes dentro del país.

Pero, ¿cómo reprocharle esta actitud cuando el grueso de las fuerzas que se dicen socialistas se muestra tan tímido, tan miope y, en definitiva, tan conservador? En el plano táctico, el «Manifiesto» radical no debería plantearles apenas problemas a estas fuerzas. Hay, en el catálogo que se nos presenta, reformas muy discutibles y otras que son tanto más aceptables cuanto que gran parte de la izquierda socialista —a diferencia, es verdad, del partido radical— lleva ya mucho

tiempo preconizándolas. En el fondo, el «Manifiesto» constituye una especie de desafío que no será recogido más que en la medida en que el esfuerzo de renovación del pensamiento socialista prosiga y se acelere.

Hay quien me dice y me repite que no tengo razón para impacien-

tarme, porque la izquierda —incluidos los comunistas— empieza a moverse. Pero el problema no está en saber si la izquierda evoluciona, sino en saber si lo hace con suficiente rapidez para no dejarse adelantar a cada momento no sólo por las iniciativas exteriores, sino también por los propios sucesos. ■ GILLES MARTINET.

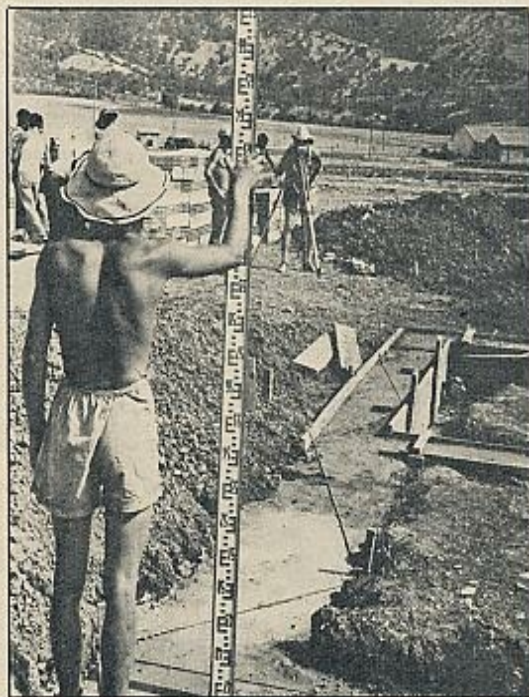
EL DESAFÍO ARGELINO

Prioridad a la educación en el plan cuatrienal

En Argelia no se habla de otra cosa sino del plan cuatrienal 70-73, que viene a continuar el trienio 67-69. Ha sido lanzado de forma espectacular. Ochenta periodistas internacionales han sido invitados a Argel para oír de boca del ministro de Información y de dirigentes de la economía argelina la exposición del plan.

Los planificadores son conscientes de los triunfos conseguidos (riqueza petrolífera, infraestructura moderna...) y animados por ellos (la producción ha aumentado más rápidamente de lo previsto) se han

han advertido también los riesgos. ¿Serán rentables algunos de los proyectos industriales? ¿Podrán ser coordinados adecuadamente con proyectos del mismo tipo en los países vecinos? ¿No se han subestimado los peligros de la inflación? ¿No es excesivamente optimista la previsión de que durante cuatro años el consumo no aumentará más que el 5 por ciento, siendo la tasa de crecimiento demográfico del 3,2 por ciento? ¿Existe en el campo una organización suficiente para asegurar el éxito de la reforma agraria, que para ser eficaz deberá no solamen-



Hacen falta mil ingenieros y treinta mil obreros profesionales.

asignado objetivos ambiciosos. Esperan alcanzar una tasa de crecimiento económico del 9 por ciento al año (13 en la industria) y piensan aumentar la cifra bruta de la producción de 16.000 millones de dinares en 1969 a 22.000 en 1973.

Los periodistas especialistas en economía han apreciado el carácter equilibrado del programa, pero

te limitar la propiedad agraria, sino introducir las técnicas modernas en las pequeñas explotaciones del sector agrícola tradicional? Finalmente, ¿cómo paliar la penuria de cuadros? En Argelia hacen falta mil ingenieros, diez mil técnicos medios y treinta mil obreros profesionales.

«Por ser conscientes de todo esto —dicen los expertos argelinos— nos

hemos dedicado más a los problemas económicos que a los humanos; por ejemplo, a los de la formación permanente y a los de la movilización de la juventud a través del "Servicio nacional". De hecho, la prioridad de las prioridades se ha dado a la Educación nacional. El plan cuatrienal prevé que en mil novecientos sesenta y tres el ochenta

por ciento de los niños estén escolarizados en la primaria, que los efectivos de las escuelas secundarias pasen de ochenta y cinco mil a cuatrocientos veinte mil alumnos y que veinticinco mil estudiantes frecuenten los establecimientos de enseñanza universitaria. El plan prevé asimismo la multiplicación de los institutos tecnológicos.

E. E. U. U.

EL VOTO A REACCION

El 27 de enero un avión «jet» de las fuerzas armadas de los Estados Unidos voló sin cargas ni pasajeros hasta San Juan de Puerto Rico y recogió a bordo al cronista republicano Barrym, que pasaba allí sus vacaciones. Continuó vuelo hasta Managua, Nicaragua, donde recogió al congresista Blackburn, también republicano. Llevó a ambos a Washington, donde pudieron votar contra una Ley que había sido vetada por el Presidente Nixon, y fueron devueltos el uno a sus vacaciones, el otro al congreso internacional celebrado en Managua en el que participaba. El congresista Pepper, que también estaba en Managua,

no fue convocado para el vuelo. Para poder votar a favor de la Ley y, por lo tanto, en contra del Presidente, tuvo que pagarse por su cuenta el billete de ida y vuelta en avión. El hecho de que quienes voten por Nixon sean transportados gratuitamente por aviones militares y los que voten en contra tengan que habilitarse sus propios medios ha causado un cierto escándalo. La Ley suponía la adjudicación de 19.700 millones al Departamento de Salud, Educación y Bienestar y al Departamento de Trabajo para la lucha contra la pobreza. Nixon se había opuesto por considerar que ese gasto provocaba la tendencia inflacionista.

AGNEW LANZA EL NEORRACISMO

El vicepresidente Agnew mantiene, dentro de la administración política de los Estados Unidos, el papel de la extrema derecha. El Gobierno parece ofrecerle a la crítica de la prensa —con la que combate ferozmente— y de la opinión pública, pero le utiliza como propugnador de unas tesis que luego se ve «forzado» a asumir. Agnew es combativo, dialéctico y utiliza con sabiduría unas fórmulas de lógica aparente. Su última actuación tiene un carácter de neorracismo. Defiende la «igualdad» de oportunidades para blancos y negros en los centros de enseñanza y estima que únicamente las pruebas de aptitud deberán determinar quiénes ingresan y quiénes no. Mediante las pruebas de aptitud se determinará quiénes son capaces de aprender y de enseñar mejor. Esta es una «discriminación» —dice—

que debe considerarse como «leal para con una sociedad libre». Un médico, un arquitecto, serán elegidos por su capacidad para curar o para construir, y no por su pertenencia a una raza que ha de ser «protegida». El resultado de esta pretensión de la discriminación de aptitudes sería que la raza negra, inferiorizada durante siglos, no tendría acceso a la cultura, y la diferencia continuaría ampliándose. La tesis contraria a la de Agnew es la de enseñanza abierta. La discriminación por la aptitud no se produciría como requisito previo para la matrícula, sino por la clásica separación entre buenos y malos alumnos a lo largo de todo el ciclo de enseñanza. A los partidarios de la matrícula abierta, el vicepresidente Agnew les considera «destruidores, desde la extrema izquierda, de la libertad académica» y «supersticiosos sofisticados».

Checoslovaquia UN GARAUDY CHECO

«En Praga, donde los prisioneros políticos son ya numerosos, se esperan, en los próximos días, grandes procesos políticos. El propio Dubcek será juzgado». El diplomático que prevé tan sombrío porvenir es el señor Ivo Fleischmann, consejero cultural en la Embajada de Checoslovaquia en París, que acaba de solicitar asilo político en Francia.

Si para tomar su decisión ha escogido el momento en que se cele-

braba el XIX Congreso del partido comunista francés, es porque se ha sentido «abandonado» por sus amigos del P.C.F., de acuerdo ahora con la línea de Husak, y porque desea emplear en adelante todas sus fuerzas con el fin de que los intelectuales franceses lleguen a tomar conciencia de lo que verdaderamente está pasando en Checoslovaquia.

Comunista militante, piensa como Garaudy «que ya no es posible ca-



—Lleva cilicio, pero, eso sí, con las púas de oro.